

LAS OBSESIONES DEL SIGLO XX
Resoluciones arquitectónicas de problemas urbanísticos

JONAS FIGUEROA
Arquitecto Urbanista y Profesor Titular Usach
2004

Escribo esta columna la noche de la muerte de Santa Teresa, hace ya 422 años. Mejor dicho, la reescribo, como la reescrito tantas veces y al final ha quedado metida en el cajón, en el cajón del computador junto a otros escritos que hierven por salir a la luz. La Santa como se le llama en su natal y amurallada Avila, podría ser considerada como una obsesa, obsesa de las fundaciones, obsesa por la construcción de sus conventos en la España interior del siglo XVI, de piedra y candelabro.

0. Otrosí de la obsesión. Si algo puede ser considerado como una de las obsesiones absolutas del siglo XX, esta no puede ser otra que la condición urbana de la sociedad y del sistema económico del mundo occidental. Si el siglo XIX está íntimamente ligado con la estructura rural y agrícola de la población y de los procesos productivos, será la misma industrialización de estos procesos la que motivará el desplazamiento de esta realidad desde el campo a los núcleos urbanos receptores, que por el propio cambio comienzan a demandar de modo masivo mano de obra de bajo coste.

Tanto la arquitectura como el urbanismo no son disciplinas ajenas a este fenómeno de obsesa urbanización de la sociedad. Es más, sin temor al equívoco podríamos afirmar que por activa o por pasiva, ambas participaron tal como otras en la promoción y el agravamiento de los conflictos ambientales, por citar uno de ellos, asociados íntimamente con este proceso de urbanización de las actividades económicas y sociales. Pero, también se comprometieron en la resolución de los viejos problemas, muchos de los cuales aún constituyen quebraderos de cabeza para autoridades y técnicos, obsesiones al fin y al cabo.

A partir de estas premisas, nos proponemos identificar al menos cuatro obsesiones por las cuales la arquitectura y el urbanismo jugaron sus cartas para resolver el nudo social y económico que por este proceso de urbanización creciente, pasan a ser asuntos que cruzarán de punta a cabo todo el siglo XX. Es más, podríamos asegurar que siendo temas más bien de raíz urbanística, se expresaron a la larga, como interesantes motivaciones de reforma de los postulados arquitectónicos. Estos temas no pueden ser diferentes a todos aquellos que han consumido buena parte de las mejores intenciones de los profesionales en la materia. Ya metidos en el siglo XXI, no podríamos asegurar que estas obsesiones hayan sido resueltas en la psiquis arquitectónica de la sociedad. Por el contrario, aún continúan estando a medio resolver, agravándose cuando establecen ligazones unos conflictos u obsesiones con otras.

Un breve recorrido por la historia del urbanismo y de la arquitectura del siglo XX, nos permite constatar que contradictoriamente a lo señalado anteriormente, los grandes movimiento reformadores de una y otra disciplina se encuentran en sus orígenes vinculados y comprometidos con la resolución de las carencias sociales propias de las vicisitudes políticas y económicas que la ha tocado vivir a una sociedad montada en las revoluciones políticas, sociales y tecnológicas. Estos temas que a continuación pasamos a reseñar, tienen que ver con el grado de intensidad de los usos del suelo, con la vivienda social, con los equipamientos y con la presencia de la ciudad en la teoría y práctica arquitectónica del siglo XX.

Para comenzar, debemos señalar que gran parte de las obras paradigmáticas de la arquitectura del siglo XX fueron diseñadas por urbanistas o para ser más precisos, por arquitectos que tuvieron la ciudad y la vivienda obrera como el contexto preciso e idóneo de su quehacer. Para constatar esta afirmación baste con remitirnos a la arquitectura y la urbanística de Le Corbusier, de Frank Lloyd Wright, de Hendrick Berlage, de Ernst May y de otros tantos que atestiguan la renovación de los contenidos ideológicos y técnicos de la arquitectura del siglo XX.

1. La ciudad por las nubes. El viejo sueño arquitectónico de dominar la altura, esbozado por primera vez en la bíblica Torre de Babel, comienza y termina en la Broadway Avenue de Nueva York. En los albores de la modernidad, esta ciudad

reemplaza a Chicago como capital norteamericana de los negocios y de la cultura. Los altos precios que alcanza el valor del suelo, merced de la demanda que provoca la nueva capitalidad, obligan a pensar en una edificatoria de una altura inimaginada por entonces. Desde ahí en adelante, ni materiales ni sistemas constructivos impedirán que los edificios se empinen por sobre las nubes, conjurando las culpas que debió asumir la humanidad durante decenas de siglos a partir de la maldición de Babel.

Obra del arquitecto urbanista Daniel H. Burnham, redactor de los planes de urbanismo de Chicago y Washington, el primer rascacielos neoyorquino -el *Fuller Building*- construido el año 1902 sobrepasa la mítica e inalcanzable altura de los 20 pisos. Este edificio más conocido como el *Flatiron* -a causa de su forma parecida al viejo artilugio de planchar- aún persiste impertérrito apuntando con su quilla hacia Madison Square Park, el Empire State Building y el Central Park de F.L. Olmsted, algunos de los signos rotundos de la urbanidad neoyorquina. A pesar que hace rato dejó de ser lo que era, hoy se nos presenta como el punto de salida de una maratón imparabile que cruzó por sobre los campos arquitectónicos, arransando los postulados más caros de un siglo que aún muchos se niegan a abandonar.

Planteada como la primera obsesión arquitectónica de un problema del siglo XX -la escasez de suelo urbanizado- la construcción en altura será incorporada por Le Corbusier en varias de sus propuestas de ciudad, dadas a conocer a partir de los años veinte. Nos situamos en una época de complicada lectura, como tantas otras que han servido para iluminar el discurrir de la especie humana. Es el fin de los grandes imperios coloniales, tiempos del *charleston* y del *crash* de la Bolsa de Nueva York. Años no menos locos que aquellos que inspiraron los descubrimientos de nuevas tierras durante el Renacimiento y tan locos como el tiempo que incubaba los grandes inventos tecnológicos que hoy nos permiten comunicarnos y desplazarnos por sobre el tiempo y las barreras naturales. Años locos, como locos son los pintores y poetas que durante el término del siglo XIX le pasan el testigo a los inventores y éstos a su vez, se lo traspasan a los arquitectos urbanistas ya en pleno años veinte, cuando surge la demanda de una nueva casa para un tiempo nuevo. En otro tiempo y en otro lugar, los locos geniales son Leonardo da Vinci, Miguel Angel, Galileo Galilei, Nicolás Copérnico, Tomás Alva Edison, los hermanos Wright y tantos otros cuyo conocimiento quedó atrapado en la memoria del cronista. En tal sentido, ¿es acaso la arquitectura del siglo XX producto de una locura sin término ni conclusión urbana?, ¿una obsesión...?

Entre ese primer rascacielos neoyorquino y las torres Petronas de Kuala Lumpur, los edificios de mayor altura al final del siglo XX, no sólo median muchos pisos y centenares de metros de diferencia. Uno y otro edificio se encuentran separados por la distancia recorrida por la arquitectura de este siglo en su incontenible afán de dominar la altura, aunque en el camino hayan quedado extraviados los argumentos urbanos. El *Flatiron* desarrolla arquitectónicamente las demandas morfológicas impuestas por el tejido arterial de Nueva York, por una esquina de geometría en ángulo cerrado y la propia forma del predio emplazado en el cruce de Broadway y la Quinta. Las dos torres de Kuala Lumpur atienden sólo los requerimientos de imagen que se propone mostrar al mundo una empresa petrolera y en donde la ciudad es transgredida en su escala y perspectiva, nada más.

2. Una ciudad inconclusa y sin lugar. En los mismos años veinte, las demandas de vivienda que surgen después de los profundos cambios que experimentan las configuraciones políticas y económicas europeas, a partir del desenlace de la primera gran guerra mundial, constituyen el segundo problema urbanístico por cuya resolución se juega en un todo o nada la arquitectura del siglo veinte. Las experiencias desarrolladas por el municipio de la ciudad de Viena, basada en la construcción de bloques de viviendas -*hofs*- de cuatro a seis plantas, se nos proponen no sólo como soluciones de una demanda social, sino también como elementos transformadores de los espacios deteriorados de la ciudad. Serán arquitectos urbanistas los que participen

activamente en la renovación arquitectónica del programa vivienda. Entre estos arquitectos se encuentra nuestro conocido Karl Brunner, uno de los autores del primer plan regulador comunal de Santiago.

En los programas de construcción masiva de vivienda financiados con dineros públicos, y amparados por políticas sociales -desarrollados principalmente en los *hofe* austriacos, las *siedlung* alemanas y holandesas- nuevamente se dejará sentir el peso de la arquitectura por la búsqueda de salidas de los agudos problemas de habitabilidad que le toca vivir a una población desplazada por las contiendas bélicas y el nuevo orden que surge después de la batalla. En todas estas experiencias es posible valorizar la aplicación de los conceptos de ciudad por sobre los del edificio aislado. Tipología esta última que comenzaba a aplicarse por aquellos esos mismos años, supuestamente avalados por los problemas higiénicos y ambientales causados por la concentración urbana.

A pesar de ello, las arquitecturas que plasmaron los postulados urbanísticos del *Movimiento Moderno*, entendieron sólo en parte las potencialidades de los conjuntos residenciales para constituir ciudad. Más, no se pueden desconocer los afanes de los arquitectos integrantes de este movimiento por uno de los temas que como obsesión cruza de lado a lado el siglo XX. A diferencia de la urbanística del barroco que funda su lugaridad trayendo la naturaleza a la ciudad, el *Movimiento Moderno* hizo el camino al revés, llevar la ciudad en medio de la naturaleza. Si el *barroco* invento la naturaleza y la puso al servicio de una nueva ciudad, el *movimiento moderno* se quedó en el puro propósito, ya que la naturaleza que constituía su contexto teórico no existía ni había medios para inventarla. A pesar del grito de batalla que esboza Le Corbusier para mejorar la calidad de los asentamientos humanos, en base a un paisaje verde que inunda la escena y en donde es posible encontrar en los claros del bosque con rascacielos de cristal, la ciudad del movimiento moderno apenas roza la fábrica –el lugar de la faena- configurando situaciones a medias entre la ciudad y el descampado.

Preclaros ejemplares de la propuesta urbanística inconclusa del Movimiento Moderno se encuentran instalados en las extensas barriadas de extramuros de Villa Lugano en Buenos Aires; de Moratalaz y Vicalvaro, en Madrid; y en las villas Portales y Olímpica de Santiago de Chile. A pesar de que la ciudad fue uno de los pilares que sustentan la teoría y las preocupaciones fundamentales del Movimiento Moderno expresadas a partir de los años treinta y cuarenta en la *Carta de Atenas*, las arquitecturas del siglo XX a juzgar por los resultados carecieron de estrategias y soluciones de escala urbana acordes con los desarrollos alcanzados por la obra arquitectónica. Siempre se quedaron a medio camino entre ésta y las configuraciones sociales que insinuaron.

Sin dejar de desconocer las preocupaciones asumidas por Le Corbusier en sus investigaciones para casas de obreros, de Candilis en las afueras de Toulouse, de Christofer Alexander y otros en el concurso de Lima, entre otros, metidos en el siglo XXI, la vivienda económica sigue siendo uno de los temas calientes de la arquitectura y en donde queda en evidencia sus limitaciones para proponer ciudad. Sin embargo, no podemos desconocer que los grandes conjuntos residenciales, más allá de sus repercusiones sobre su naturaleza social, siguen siendo uno de los programas arquitectónicos tal vez más apropiados para configurar la ciudad de los perímetros intermedio y exterior metropolitanos. Pero, los requerimientos de orden social y económico pasaron a llevar con largueza los presupuestos morfológicos. Es más, en las varias bienales de arquitectura que se realizan a lo largo del mundo, los ejemplares de vivienda social son escasos y por lo general se trata de propuestas académicas o proyectos sin construir. En el caso chileno, la vivienda económica es algo más que un tema caliente, algo más que una obsesión. Es una asignatura pendiente, que requiere con urgencia de un desarrollo que responda a las condicionantes de costos y materiales del programa, y resuelva de una vez por todas sus potencialidades urbanas.

3. La ciudad de los equipamientos. Los equipamientos son la tercera obsesión que enlaza el programa de la arquitectura y el urbanismo del siglo XX. Más que elementos de enlace, a esta altura ya deberíamos decir que los tres son asuntos que se sitúan en una zona de encuentro o de negociación entre arquitectura y urbanismo y viceversa. En esta *postmodernidad high tech* (un prurito desesperado para ponerle ornamento tecnológico a la arquitectura moderna), la ciudad comienza a proyectarse como la única utopía posible por la cual luchar en pos de una mejor calidad de vida. Todo lo demás ha quedado latamente comprobado que no nos llevará al cielo del desarrollo. Dentro de esta utopía posible, tal vez, los equipamientos constituyen el programa arquitectónico de mayor rotundidad urbanística. A diferencia del tratamiento analítico y propositivo independiente que se pueda dar al suelo y la vivienda económica, el programa equipamientos sólo se puede resolver a partir de su inserción en la problemática social derivada de la vivienda. Sin embargo y a pesar de esta inserción programática, el edificio dedicado a acoger los equipamientos debe albergar en su mismidad, el contenido de ciudad. El suelo manifiesta este contenido tanto en la intensidad de usos como en la extensidad de ocupación. La vivienda económica lo manifiesta cuando logra configurar conjuntos. Los equipamientos por el contrario, deben manifestar su fortaleza urbana en una individualidad casi asistémica, pero no por ello descontextualizada.

4. Arquitectura y ciudad como reflexión urbana. Las propuestas de ciudad planteadas por Le Corbusier entre los años veinte y treinta, que constituirán un importante cimiento de la propuesta arquitectónica del *Movimiento Moderno*, recién podrán ser aplicadas bien avanzados los años cincuenta en Brasilia y Chandigarh. Paradójicamente por estos mismos años, el mensaje arquitectónico que el urbanismo había parido en un período de guerras y violentos enfrentamientos sociales, comenzaba a declinar a causa de los enjuiciamientos que enarbolaban los adherentes de última hora del movimiento. Tal como sucede en la vida real, los que llegan al final se llevan se comen los postres.

Ahora bien, si gran parte de lo mejor que puede exhibir la arquitectura del siglo XX ha sido producida por arquitectos urbanistas y ha estado vinculada con la resolución de problemas urbanísticos, ¿por qué arquitectura y urbanismo manifiestan hoy desarrollos que discurren por caminos lo suficientemente distantes para no reconocerse la una del otro? La arquitectura en un esfuerzo más constructivista y formalista que propiamente arquitectónico, que no la llevará a ninguna parte; el urbanismo exacerbadamente reglamentarista y desprovisto de conceptos y mecanismos que le permitan establecer los puentes ausentes con las otras disciplinas que participan en la configuración de ciudad. Es decir, la forma lejos de la norma y ésta, a su vez, incapaz de promover un lenguaje arquitectónico coherente. Ahí están los manidos *edificios-lustrines* para atestiguarlo.

Si la ciudad, como resultado final, es rigurosamente arquitectónica, ¿por qué el urbanismo desconoce esta situación? Si las resoluciones de suelo y vivienda económica fueron en el pasado importantes temas de desarrollo arquitectónico, ¿por qué ambas disciplinas hoy se nos muestran carentes de los contenidos esenciales que constituyen su razón? Habiendo sido paridos por el mismo vientre y mamado la misma leche, ¿por qué arquitectos y arquitectos urbanistas terminan hablando lenguas desconocidas e intraducibles?

El resultado no puede ser distinto al que registran las barriadas del perímetro metropolitano. Pobres viviendas para pobres habitantes, pobres arquitecturas, pobres materiales y pobres construcciones. Pobreza que está pasando a ser una realidad que se práctica institucionalmente, para beneficio de usureros y especuladores. Lo peor sucede cuando esta pobreza se extiende a los condominios de 6000 U.F. Existen grandes y pequeñas empresas que se especializan en la producción de pobres materiales de construcción; grandes y pequeñas empresas que se especializan en la construcción de pobres viviendas erróneamente llamadas sociales. Las casas baratas y los barrios obreros construidos en el pasado, tanto por la iniciativa empresarial como por los

organismos públicos, hoy nos parecen palacios comparados con las casas que se diluyen bajo la lluvia. ¿Para qué hablar de los equipamientos escolares y hospitalarios, de las áreas verdes, etc.?

A pesar de haber tenido un pasado mejor, hoy la vivienda económica no es más ni menos que la pobreza institucionalizada aplicada desde las propias instancias de gobierno, una ausencia inquietante en concursos y bienales. Por los efectos sociales y ambientales que ello genera, la vivienda económica debería volver a constituir un tema que permita el encuentro entre arquitectura y urbanismo y viceversa, tal como lo fue en el pasado. Los grandes conjuntos de vivienda, la configuración de zonas perimetrales, la arquitectura de la vialidad, la arquitectura de territorio y el diseño del medio ambiente, entre otros, deben constituir nuestras obsesiones del siglo XXI, a través de procesos de *reurbanización* de nuestras ciudades. Entendemos por *reurbanización* la capacidad de incorporar transformaciones parciales y puntuales en la ciudad ya construida, sobre la base de la construcción de equipamientos y la recuperación de grandes superficies vacías ocupadas en antaño por instalaciones productivas y de transporte. Mediante una urbanística y una arquitectura de alto nivel, estaremos incorporando atributos de calidad ambiental en la ciudad y el territorio.

Arquitectos urbanistas son los que participan, entre otros, en la redacción de planes y propuestas de urbanismo. Atendiendo a la historia y la práctica profesional actual, ¿por qué no existe una arquitectura urbana que mejore los resultados obtenidos por una arquitectura y un urbanismo discurrendo de espaldas cada uno por su lado? Los programas a desarrollar por esta arquitectura urbana no pueden ser otros a los ya enunciados en este columna y que constituyen desde siempre puntos de encuentro y códigos de negociación entre arquitectura y urbanismo: suelo, vivienda y equipamiento. Los ámbitos de aplicación de estos programas son la recuperación de zonas degradadas social, económica y ambientalmente; la *reurbanización* del perímetro, la arquitectura de la vialidad; etc.

A la obsesión gubernamental de reconvertir los usos del aeropuerto de Cerrillos, debemos oponer la obsesión por reurbanizar extensos sectores degradados situados ahí mismo, tales como la población José María Caro, Lo Valledor, etc.

El siglo XX arquitectónico se cerrará cuando la arquitectura retome los viejos temas que en el pasado, promovieron su desarrollo. Por su parte y para salir de su estancamiento instrumental y conceptual, el urbanismo debe atravesar su desierto particular para ir al encuentro de la tierra arquitectónica prometida. Ello no significa que abandone sus actuales contenidos analíticos y normativos, sino que los vuelque y justifique en una proyecto de ciudad y de territorio. Ya no más arquitectura y urbanismo discurrendo por vías separadas, sino todo lo contrario: arquitectura urbana...

JONAS FIGUEROA
Arquitecto Urbanista
Profesor Titular Usach